

Li Fu-jen

Culpa de guerra en el Pacífico

Octubre de 1945

Tomado de Li Fu-Jen, "War Guilt in the Pacific", en **Fourth International**, octubre 1945, págs. 166-169.

Traducido al castellano por Andrés Rucci.

*Después de que se escribió este artículo, John Chamberlain dio una sorprendente confirmación de la tesis del autor en un artículo que apareció en la edición del 21 de septiembre de la revista **Life**. Chamberlain declaró que "mucho antes" de la elección de 1944, el candidato presidencial republicano Thomas E. Dewey supo "que habíamos descifrado el código 'ultra' japonés algún tiempo antes de Pearl Harbor y que Roosevelt y sus asesores sabían lo que los japoneses iban a hacer bien. antes de la ruptura abierta de las relaciones".*

Pero Dewey se unió a Roosevelt en la conspiración de silencio y engaño que permitió tildar a Japón de "agresor" y de "culpar a la guerra" en la nación japonesa. Si el pueblo estadounidense hubiera sabido toda la verdad, incluso tan tarde como en la campaña electoral de 1944, el "impacto político", como dice Chamberlain, "hubiera sido excelente y podría haber logrado que Dewey llegara a la Casa Blanca". Pero Dewey, preocupado como Roosevelt, por los intereses del imperialismo estadounidense, guardó silencio, y al guardar silencio sacrificó la posibilidad de dar un golpe revelador y tal vez fatal a la candidatura de su oponente.

El 29 de agosto de 1945, el presidente Truman publicó para su publicación largos informes del Ejército y la Armada que daban los hechos y las circunstancias del ataque japonés a Pearl Harbor que precipitó la extensión de la Segunda Guerra Mundial al área del Pacífico. El más largo de los dos informes, el de la Junta del Ejército Pearl Harbor, está fechado el 20 de octubre de 1944, y va acompañado de una declaración del secretario de Guerra Stimson. El otro es un informe de investigación de un Tribunal de Investigación de la Armada con una declaración del secretario de la Armada y está fechado el 19 de octubre de 1944.

¿Por qué estos informes fueron ocultados al público durante casi un año? Se ha intentado representar la supresión como algo necesario debido a consideraciones de seguridad militar, ya que la guerra aún estaba en curso. Es cierto que los informes se refieren en gran medida a cuestiones de carácter puramente militar.

Sin embargo, el evento principal al que se refieren, el ataque japonés a Pearl Harbor, había ocurrido casi tres años antes de la finalización de los informes. Lo que contienen en el camino de la información militar ya estaba rancio y ahogado y no tenía nada que ver con el curso posterior de la guerra del Pacífico. Es imposible evitar la conclusión de que los informes fueron reprimidos por razones políticas y no militares. Los informes que revelan la política de la Administración Roosevelt en la cadena de eventos que condujeron al estallido de la guerra entre los Estados Unidos y Japón dejan esto absolutamente claro.

La Junta del Ejército y el Tribunal Naval fueron acusados con la tarea de determinar los hechos del desastre de Pearl Harbor y establecer la responsabilidad de los mismos. La investigación del Ejército se centró en los actos y las políticas del General Short, que estaba a cargo del Comando del Ejército de Hawái. La investigación de la Marina se centró en los actos y las políticas del almirante Kimmel, comandante en jefe de la Flota del Pacífico. Estos oficiales de alto rango fueron destituidos de sus cargos después de Pearl Harbor y fueron llamados a defenderse contra acusaciones de incompetencia y abandono del deber. Para liberarse de la culpa del desastre, se vieron obligados a hacer referencia a las políticas generales de la Administración por la que estaban vinculados, ya que se trataba de mucho más que simplemente cuestiones de precaución y preparación militar. Los investigadores, también, tuvieron que ahondar en las políticas de la Administración, ya que, sin hacerlo, claramente no existía la posibilidad de establecer la verdad completa o repartir la culpa de lo que había ocurrido.

Es precisamente aquí que los informes son muy reveladores, ya que establecen indiscutiblemente las siguientes conclusiones, a pesar de que estas conclusiones no se encuentran en los informes:

1. Que el presidente Roosevelt, mientras proclamaba su amor por la paz y el odio a la guerra, se embarcó en un curso deliberado de guerra con Japón (y Alemania) mucho antes de Pearl Harbor y que esta era la política consciente de su administración.
2. Esa política de Roosevelt hacia Japón fue una de presión sistemática para obligar a los imperialistas japoneses a cometer el acto abierto que desencadenaría una explosión de guerra. Roosevelt se vio obligado a seguir esta estrategia para poder calificar a Japón como el agresor y enmarañar al pueblo de los Estados Unidos en una guerra a la que la mayoría de la nación se había opuesto firmemente. El presidente amante de la paz había asegurado al pueblo estadounidense que sus hijos no serían enviados a luchar en guerras extranjeras. Esto hizo necesario que Estados Unidos fuera atacado para que el impulso del imperialismo estadounidense para el dominio del Pacífico pudiera presentarse bajo la apariencia de una guerra de defensa y supervivencia nacional.

Cuando Roosevelt leyó los informes, debe haberse dado cuenta de su explosiva calidad política. Aquí, fuera de la boca de sus propios generales y almirantes, fue declarado culpable de conspiración de guerra que, bajo el manto de demostraciones untuosas de su amor a la paz, planeó sumir al pueblo estadounidense en la más terrible de todas las guerras para que el destino manifiesto del imperialismo estadounidense podría lograrse. Fue, recuerda, jaño electoral! Roosevelt competía por su cuarto mandato. La publicación de los informes de Pearl Harbor poco antes de las elecciones habría proporcionado a la oposición republicana un poco de munición política. Los republicanos podrían haber retratado a Roosevelt (mucho más eficazmente de lo que pudieron hacerlo en las circunstancias) como un hipócrita y traidor de los deseos pacíficos del pueblo. Sin duda, fue por orden de Roosevelt que los informes de Pearl Harbor se mantuvieron a cubierto.

Poderes del Congreso para hacer Guerra

El poder de guerra reside supuestamente en el Congreso. Una disposición constitucional prohíbe a los Estados Unidos participar en cualquier acto *militar* hostil contra otra Potencia a menos y hasta que el Congreso haya declarado el estado de guerra. Sin embargo, no existe un impedimento legal para evitar que el brazo ejecutivo del gobierno siga político y tome medidas hostiles de carácter no militar contra un Poder con el que Estados Unidos está formalmente en paz. Esto fue exactamente lo que hizo Roosevelt en relación con Alemania y Japón entre el estallido

de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 y la entrada formal de Estados Unidos en la guerra con el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Primero, tuvo El Congreso derogará las cláusulas del embargo de armas de la Ley de Neutralidad, permitiendo a los Estados Unidos suministrar implementos de guerra a los futuros aliados militares del imperialismo estadounidense. Luego instituyó el sistema de Préstamo y Arriendo. A continuación, autorizó el armado de los buques mercantes estadounidenses y les ordenó a ellos y a sus escoltas navales atacar a los submarinos alemanes, fueran o no ellos mismos atacados. Hizo que el Congreso promulgara la conscripción militar (Ley de Servicio Selectivo). Finalmente, en el Pacífico, por una sucesión de actos, dibujó una soga de estrangulamiento económico alrededor del cuello de Japón.

Para Roosevelt era imposible llevar al país completamente a la guerra mientras prevaleciera la paz formal. Los preparativos militares podrían ir tan lejos y nada más. Además, y lo que es más importante, los objetivos imperialistas de los Estados Unidos podrían realizarse solo a través de la guerra. Dado que el gobierno imperialista en Washington no intentó, como una cuestión de táctica, tomar la iniciativa de violar formalmente la "paz", el oponente tuvo que ser forzado a hacer el primer movimiento hostil. Este era el problema de Roosevelt. Sin embargo, era necesario rodear los pasos tomados con un aura típica de declaraciones idealistas y pacifistas. Así, en un solo aliento Roosevelt proclamaría sonoramente: "¡Odio la guerra! "En el próximo invocaré sanciones económicas contra Japón, sabiendo que éstas conducirían finalmente a la guerra".

La situación que prevalecía antes de la entrada formal de los Estados Unidos en la guerra y la naturaleza del problema de Roosevelt, están bien descritas en el segundo capítulo del informe de la Comisión Pearl Harbor del ejército, que vale la pena citar extensamente:

Durante este período crítico, hubo mucha confusión de pensamiento y organización, conflicto de opinión y diversidad de opiniones. La nación no estaba orientada a la guerra, ni mentalmente ni como organización. Fue un período de planes y propósitos contradictorios. Los vientos de la opinión pública soplaban en todas direcciones; los aislacionistas y los nacionalistas luchaban por el predominio; la opinión pública se oponía a la guerra y clamaba por represalias contra Japón; estábamos negociando la paz con Japón y, al mismo tiempo, aplicando sanciones económicas que solo condujeron a la guerra; estábamos armando nuestras fuerzas para la guerra y, al mismo tiempo, regalando gran parte de ese armamento. Los departamentos de Administración, Estado, Guerra y Marina en sus políticas, planes y operaciones también fueron empujados aquí y allá por el flujo y reflujo de eventos de guerra, reacciones públicas, negociaciones diplomáticas y ataques a periódicos.

El Departamento de Guerra por sus acciones y su organización todavía estaba en tiempo de paz; ni su gerencia ni su personal general habían perfeccionado su organización para la guerra o para la conducción de una gran empresa. Toda la maquinaria del gobierno estaba orientada a un propósito y un ritmo diferentes a los de la guerra. Hombres valientes y brillantes luchaban por sacar el orden del caos, más bien como individuos o como pequeños grupos que intentaban simultáneamente establecer políticas y realizar cosas prácticas. Como resultado, unos pocos hombres, sin organización en el verdadero sentido, intentaban llevar a cabo grandes empresas, realizar múltiples acciones y dar instrucciones que deberían haber sido el resultado de instrucciones cuidadosamente dirigidas, en lugar de las medidas adoptadas por la conferencia. Nos estábamos preparando para una guerra por el método de la conferencia. Estábamos dirigiendo esas preparaciones por el método de la conferencia; incluso estábamos escribiendo mensajes vitales por el método de la conferencia, y llegando a sus contenidos por compromiso en lugar de por comando; ese fue el producto del tiempo y las condiciones debidas a la transición de la paz a la guerra en una democracia.

Tal era la confusión de los hombres y los acontecimientos, en gran parte desorganizados para la acción apropiada e indefensos ante un fuerte curso de acontecimientos, que se escaparon de la situación y nos sumergieron prematuramente en la guerra.

Un pasaje revelador

Todo en este pasaje es revelador, incluida la evidente impaciencia y frustración de los sombreros de bronce con una "democracia" que interfería con sus preparativos para la guerra. Los "planes y propósitos contradictorios" eran, en esencia, el conflicto entre el rumbo de Roosevelt hacia la guerra y las restricciones que un estado de paz formal necesariamente imponía a los preparativos de la guerra. Fue precisamente este conflicto el que creó dificultades para el general Short y el almirante Kimmel y contribuyó a la magnitud de la catástrofe de Pearl Harbor. Roosevelt se esforzaba por resolver este conflicto "negociando la paz con Japón y aplicando simultáneamente sanciones económicas que condujeron solo a la guerra". Cuando Japón atacó Pearl Harbor, había logrado su propósito. Sólo desde el punto de vista muy limitado de la preparación militar *de la época*, Estados Unidos estaba "prematuramente sumido en la guerra". Desde el punto de vista más amplio del destino imperialista de los Estados Unidos, del cual Roosevelt era el más consciente, la entrada llegó muy pronto. Además, como ya hemos señalado, una mayor preparación militar fue posible solo en tiempo de guerra. Por supuesto, no es cierto que la opinión pública estuviera "clamando por represalias contra Japón". Encuesta tras encuesta de opinión pública mostró una tremenda oposición popular a cualquier acto que pudiera sumir a Estados Unidos en la guerra. La prensa capitalista -y eso es lo que los sombreros de bronce significan por "opinión pública" - estaba realmente clamando por la acción contra Japón, pero esta prensa solo hablaba por una pequeña minoría, los bandidos imperialistas de Wall Street que temían que el rico Lejano Oriente ven bajo el dominio permanente de sus rivales japoneses.

La fórmula bajo la cual se desarrollaron los preparativos militares en Pearl Harbor se afirma en el informe del Ejército: "... tomar medidas defensivas, pero al hacerlo, (el general Short) se le ordenó no alarmar a la población (de Hawái) ni divulgar la intención. "El efecto de esta directiva se sintió en la minuciosidad con la que los japoneses cumplieron su propósito en Pearl Harbor. La evidencia muestra que el General Short siguió la directiva. Además, no se lo mantuvo suficientemente informado sobre el estado crítico de las relaciones con Japón y la inminencia de la guerra. Por lo tanto, no dio una alerta de guerra total a medida que se acercaba la hora crítica, sino que se contentó con una alerta anti sabotaje. Estaba obligado por órdenes generales "a no alarmar a la población ni a revelar su intención".

La Junta del Ejército le pidió al Secretario de Estado Hull que expresara las opiniones del Departamento de Estado sobre la influencia de la política exterior en las directivas militares. Hull respondió que "no era política de este Gobierno emprender acciones de provocación contra ningún país ni hacer que Japón cometiera un acto de guerra contra los Estados Unidos". Pero el registro es claro: se impusieron sanciones económicas de carácter estricto. contra Japón en orden sistemático, y estos, como lo certifica la Junta del Ejército, "condujeron solo a la guerra". Si tuviéramos que creer en la declaración de Hull (y no deberíamos olvidar que era un diplomático imperialista), también tendríamos que creer que Hull el jefe y mentor, el propio Roosevelt, fue tan estúpido como para no entender la naturaleza provocadora de las sanciones económicas y las consecuencias a las que conducen. Según Hull, debe haber pensado que los imperialistas japoneses se someterían dócilmente a la estrangulación económica y abandonarían sus planes de imperio sin luchar. Pero no hay nada que respalde ninguna suposición de que Roosevelt fuera tan estúpido. Por el contrario, demostró ser un maestro estratega de la política imperialista. Él sabía lo que estaba haciendo y por qué. Él sabía las consecuencias a las que conducirían sus actos. Esto no es una cuestión de suposición no soportada. La afirmación de Hull de que no fue política de Washington "hacer que Japón cometa un acto de guerra contra los Estados Unidos" es refutada de manera decisiva por otros testimonios escritos en el informe de la Junta del Ejército.

La estrategia de Roosevelt

La estrategia de Roosevelt de forzar a Japón a convertirse en el agresor se revela inequívocamente en esa sección del informe que se relaciona con los mensajes entre el Departamento de Guerra y el Comando Hawaiano en los últimos días antes de que Japón atacara. El 27 de noviembre de 1941, 10 días antes del ataque a Pearl Harbor, el Jefe de Estado Mayor comunicó por radio al General Short de la siguiente manera:

Las negociaciones con japoneses parecen terminar para todos los propósitos prácticos con solo las mínimas posibilidades que el gobierno japonés podría volver y ofrecer para continuar. Acción futura japonesa acción impredecible pero hostil posible en cualquier momento. Si las hostilidades no pueden, se puede evitar la repetición, los EE. UU. Desean que Japón cometa el primer acto abierto.

Que el propio Roosevelt fue el autor de esta política fue declarado por el General Gerow del Departamento de Guerra que testificó que el Presidente definitivamente había declarado que quería que Japón cometiera el primer acto abierto. Desde el desear la comisión de un acto abierto por parte de Japón, no fue sino un pequeño paso provocarlo. Esto es justo lo que Roosevelt intentó hacer. El vasto poder económico de los Estados Unidos y la fragilidad económica de Japón garantizaron el éxito de la estrategia de Roosevelt de provocar la guerra apretando una soga económica alrededor de Japón. Las sanciones impuestas a Japón en 1940-41 se mencionan en el informe de la Junta del Ejército. Los investigadores del ejército entendieron su carácter drástico y no tenían dudas de que la política de Roosevelt solo conducía a la guerra. La sección pertinente del informe dice, en parte, de la siguiente manera:

Fue en el otoño de 1940 cuando lanzamos la muerte y adoptamos sanciones económicas. Y nos parece significativo que alrededor de junio de 1940, el general Herron, como comandante general de las órdenes del Departamento de Hawái en Washington, entró en alerta total en las posiciones de combate con munición real durante seis semanas.

En septiembre, se prohibió la exportación de chatarra de hierro y acero. El efecto de la política de los Estados Unidos fue aislar de Japón en el invierno de 1940-41 el envío de muchos productos estratégicos, incluidas armas, municiones e implementos de guerra, gasolina de aviación y muchos otros productos derivados del petróleo, máquinas herramienta, chatarra, manufacturas de arrabio y acero, cobre, plomo, zinc, aluminio y una variedad de otros productos ...

Ni era esto todo. Estos desastrosos embargos se complementaron con la derogación por parte de Washington del Tratado de Comercio y Navegación de los Estados Unidos y Japón que privó a Japón del trato de la nación más favorecida en su comercio restante con los Estados Unidos, y por la congelación de créditos japoneses en este país. Una de las consecuencias más importantes de estos movimientos fue la destrucción del lucrativo y vital comercio de seda de Japón con este país, del que Japón dependió en gran medida para financiar sus importaciones. Finalmente, en agosto de 1941, después de que Japón trasladara tropas al sur de la Indochina francesa, flanqueando así las Filipinas en el oeste, Washington y Londres se unieron para enviar una advertencia a Tokio contra nuevas acciones de agresión. Roosevelt envió una misión militar a China. La hora cero se acercaba. Los conspiradores imperialistas se echaron atrás para esperar el desarrollo de lo inevitable, y no estaban equivocados en cuanto a lo que sería ese desarrollo.

El efecto de su presión contra Japón fue informado a Washington por el embajador estadounidense en Tokio, Joseph C. Grew, quien el 9 de octubre de 1941, dos meses antes del ataque a Pearl Harbor, dijo que la política de crédito congelado de los Estados Unidos era conducir a Japón a la bancarrota nacional y ella se vería obligada a actuar. Anteriormente, Grew había declarado que:

Teniendo en cuenta el temperamento del pueblo de Japón (léase los imperialistas japoneses, porque ese fue el círculo donde se incorporó Grew) era peligrosamente incierto basar la política de los Estados Unidos en la opinión de que la imposición de medidas económicas progresivas y rigurosas probablemente evitaría la guerra; que la opinión de la Embajada era que la guerra no se evitaría por ese camino ... Finalmente advirtió sobre la posibilidad de que Japón adopte medidas con una brusquedad dramática y peligrosa que podría hacer inevitable una guerra con los Estados Unidos.

Grew puede haber albergado o no la ilusión de que la política de Washington estaba destinada a evitar la guerra. Lo que él pensó es de poca importancia, ya que él fue un ejecutor y no un creador de políticas. Lo importante es que los altos responsables políticos en Washington, Roosevelt y Hull, que trabajaban en la más estrecha consulta con los barones de Wall Street, ya habían determinado la guerra y estaban preocupados solo por obligar a Japón a cometer el primer acto manifiesto de hostilidad, mientras ganaban cualquier tiempo que pudieran para prepararse para la guerra.

Sabían que Japón se estaba ahogando en la soga de sus sanciones. Sabían que los imperialistas japoneses tratarían de luchar para salir de la soga. Tenían la advertencia de Grew de que Japón atacaría con una brusquedad dramática y peligrosa. A la luz de este último hecho, especialmente, se puede decir que Roosevelt trascendió todos los límites de la hipocresía nauseabunda cuando fingió sorpresa y conmoción ante el ataque furtivo japonés a Pearl Harbor.

El ultimátum de 10 puntos

Las negociaciones finales para la paz antes de Pearl Harbor dieron el toque final a los planes de los conspiradores imperialistas en Washington. El 26 de noviembre de 1941, el Secretario de Estado Hull presentó a los representantes japoneses en Washington una propuesta de 10 puntos como base para un acuerdo. Esta propuesta requiere que Japón retire sus fuerzas armadas de China y de la Indochina francesa. A cambio, Estados Unidos descongelaría los créditos japoneses, pondría fin a todas las demás sanciones económicas y concluiría un nuevo tratado comercial con Japón. A los imperialistas japoneses se les pidió, en efecto, abandonar por completo su plan de imperio y renunciar a su posición como potencia del Pacífico.

Aunque la propuesta de 10 puntos no fue redactada en la forma o el lenguaje de un ultimátum, sino que tomó la forma de un proyecto de acuerdo propuesto, Tokio lo entendió como un ultimátum y fue concebido como tal por los conspiradores de Washington. Hull y Roosevelt sin duda consideraron la propuesta como un ultimátum. Sabían que significaba guerra. En la mañana del 27 de noviembre, como dice el informe de la Junta del Ejército, el Secretario de Guerra Stimson llamó a Hull por teléfono y Hull me dijo que ahora había roto todo el asunto. Como él dijo: "Me he lavado las manos, y ahora está en manos de usted y Knox (Secretario de la Armada), el Ejército y la Armada".

La Junta del Ejército también informa que el mismo día (26 de noviembre) que la propuesta de 10 puntos fue entregada a los representantes japoneses, el Jefe de Estado Mayor (General Marshall) y el Jefe de Operaciones Navales (Almirante Stark) escribieron un memorándum conjunto a Roosevelt, solicitando que no se entregue ningún ultimátum a los japoneses ya que el Ejército y la Armada no estaban listos para precipitar un problema con Japón. Estaban aprensivos al ver la acelerada deriva hacia la guerra. Querían más tiempo para prepararse. Pero su intento de controlar la deriva llegó demasiado tarde en cualquier caso. Hull ya había entregado el ultimátum estadounidense. Fue instruido y guiado por Roosevelt quien comprendió mejor que los generales y almirantes que los límites de la preparación militar en tiempos de paz habían sido alcanzados y que una mayor demora en la guerra solo podría tener efectos adversos en los grandiosos planes del imperialismo estadounidense. Ahora era necesario efectuar la transición aguda de la "neutralidad armada" a la beligerancia activa y perseguir el destino imperialista de los Estados Unidos en el plano decisivo de las operaciones militares. Roosevelt había decidido cortar el nudo gordiano que ligaba al país a un estado pacífico. Si bien, naturalmente, era consciente de las deficiencias militares de los Estados Unidos, también sabía que la capacidad productiva de los Estados Unidos, una vez plenamente orientada hacia la guerra, repararía rápidamente cualquier pérdida sufrida en los encuentros iniciales con Japón. Por eso, al

pedir al Congreso una declaración de guerra el 8 de diciembre de 1941, pudo predecir con confianza la victoria inevitable de los Estados Unidos.

El ultimátum de 10 puntos a Japón reflejaba el antagonismo irreconciliable entre el imperialismo estadounidense y el japonés, un antagonismo con profundas raíces económicas, un antagonismo que solo podía resolverse recurriendo a la guerra. La cuestión de quién disparó el primer disparo en la guerra del Pacífico solo tiene un interés episódico. La rivalidad de las dos Potencias imperialistas se presentó en la competencia por el comercio, por las materias primas, por las colonias, por las esferas de influencia, por las oportunidades de inversión, por el derecho a dominar y explotar a los millones de Oriente. La guerra entre ellos no se desarrolló de repente, sino durante largos años. Desde el principio, los intereses, y por lo tanto las políticas, de las dos potencias se desarrollaron en oposición diametral. La lógica de este desarrollo hizo inevitable la guerra final entre ellos.

Una consideración de la naturaleza del primer contacto de Estados Unidos con Japón ilumina el rumbo futuro de las relaciones de los Estados Unidos con Japón. En el año 1853, bajo las órdenes del presidente Fillmore, el comodoro Perry se embarcó en un escuadrón naval estadounidense en la bahía de Tokio para exigir a Japón la apertura de sus puertos a la navegación y el comercio estadounidenses. El uso del poder naval para llevar a cabo una misión diplomática aparentemente pacífica es en sí mismo significativo. Los asustados gobernantes feudales de Japón accedieron a las demandas estadounidenses. Los dos siglos de aislamiento de Japón con respecto al resto del mundo (la reclusión de Tokugawa, 1641-1853) llegaron a su fin. La misión de Perry inauguró el período de modernización de Japón, que estuvo marcado por la Restauración Meiji (1868) y puso a su clase dominante en el camino del crecimiento capitalista y la expansión imperialista.

Antecedentes históricos

Las circunstancias que dictaron la apertura forzosa de Japón fueron una señal que apuntaba a las futuras políticas imperialistas de los Estados Unidos y Japón y al choque de sus intereses en la amplia cuenca del Pacífico. Como resultado de la derrota de China por Gran Bretaña en las Guerras del Opio de 1839-42 (3) y la apertura forzosa de los puertos de China, comenzó un comercio oriental rentable en el que los comerciantes estadounidenses se apoderaron rápidamente de su participación. Esos fueron los días de veleros. Los recipientes a vapor apenas habían comenzado a hacer su aparición. Los recortadores de recortes salieron de los puertos de Nueva York y San Francisco llevando mercaderías a Shanghái y Cantón y trayendo el té, las sedas, las porcelanas y las especias de Oriente. Fue un largo viaje. Bajo condiciones climáticas favorables, el viaje de Nueva York a Cantón alrededor del Cabo de Hornos ocupó un total de cinco meses. Los pequeños veleros apenas podían llevar suficiente comida y agua fresca para durar tanto tiempo. Fue difícil conseguir tripulaciones para este recorrido oriental debido a las terribles dificultades a menudo soportadas en viajes tan largos y peligrosos. Los marineros a menudo tenían que ser "Shanghaídos"¹ a bordo de los veleros.

A fin de mantener y desarrollar la ruta comercial del Pacífico hacia China, se requería un puerto de escala intermedio, de modo que los barcos pudieran reponer sus suministros de alimentos y agua. Japón estaba directamente en la ruta de navegación, pero Japón estaba cerrado y el territorio prohibido. Los marineros con la mala suerte de naufragar frente a la costa japonesa fueron frecuentemente ejecutados por los gobernantes feudales de Japón que habían decretado el aislamiento total del país. La misión de Perry era romper este aislamiento y obtener, por la fuerza si era necesario, el derecho de los barcos estadounidenses a visitar puertos como Yokohama y Nagasaki. En tratados posteriores, los Estados Unidos garantizaron los derechos extraterritoriales para sus nacionales en Japón, como ya lo había hecho en China. Para los gobernantes de Japón, contemplando por primera vez el mundo exterior, parecía que su país iba a sufrir el destino de la cercana China, que había sido humillada y subyugada por los poderes occidentales y reducida en todo menos en el nombre de una colonia. Escaparon de este

¹ Del verbo inglés "Shanghaiing" o "to Shanghai" referente a la práctica en el Siglo XIX e inicios del XX de raptar hombres y obligarlos a trabajar de marineros, especialmente desde la costa pacífica de Norteamérica para el comercio con Asia. De ahí el vocablo: cuando la víctima despertaba o se daba cuenta de que algo andaba mal, ya estaba "rumbo a Shanghái."

destino mediante una modernización febril y la creación de fuerzas armadas para resistir la presión externa. El escenario se estableció así para el desarrollo progresivo de una rivalidad con las potencias occidentales que alcanzó su desenlace en Pearl Harbor.

Durante el último cuarto del siglo XIX, los últimos vestigios de lo que se conoce como la frontera estadounidense se desvanecían rápidamente. El crecimiento del capitalismo estadounidense dependía cada vez más del comercio exterior. Las grandes tierras de Oriente, sobre todo China, fueron la escena lógica de la expansión estadounidense, junto con Sudamérica. La toma de Filipinas en la guerra hispanoamericana de 1898 y la anexión de las islas hawaianas iniciaron el imperialismo estadounidense en su carrera en el Pacífico.

El Japón revivido, mientras tanto, había librado una guerra e infligido una derrota total sobre China (1894-95). Japón anexó la rica isla de Formosa frente a las costas de China y estableció un protectorado sobre Corea, anexionándose formalmente en 1910. Manchuria se había convertido en una esfera de interés de la Rusia zarista. Gran Bretaña y Francia habían establecido esferas similares en China propiamente dicha. Washington, muy consciente del propio destino de Estados Unidos como potencia imperialista, estaba alarmado por el arranque pirata de sus rivales. En 1899 John Hay, Secretario de Estado en la administración McKinley, enunció la famosa doctrina de la Puerta Abierta con respecto a China. Con esta doctrina, los imperialistas norteamericanos notificaron a sus rivales que no aprobarían ningún tratado o acuerdo que tuviera el efecto de crear reservas cerradas y de negar oportunidades comerciales equitativas a los capitalistas estadounidenses que realizan negocios en China.

La política de Puertas Abiertas se reiteró enérgicamente durante la Rebelión de los Boxer en China (1900-01) que los rivales de los Estados Unidos, incluido Japón, trataron de usar como pretexto para desmembrar a China. Una y otra vez en los años que siguieron, el Departamento de Estado entregó a la Rusia zarista, a Gran Bretaña y Japón y otras potencias, recordatorios de que exigía respeto por la Puerta Abierta en China. En 1904-05, Japón combatió contra la Rusia zarista y se apoderó de los "derechos e intereses" de este último en Manchuria. En la Conferencia de Portsmouth, donde se firmó el tratado de paz, Estados Unidos desempeñó el papel de mediador y logró limitar las demandas de Japón.

En 1915, mientras las potencias occidentales estaban preocupadas por la guerra en Europa, Japón presentó sus 21 demandas a China, amenazando con hacerse cargo de todo el país. Ella se hizo cargo de la esfera de influencia alemana en la provincia de Shantung. En la Conferencia de Washington de 1921-22, los imperialistas estadounidenses obligaron a Japón a retirarse de Shantung y de las provincias marítimas soviéticas. Negociaron el Tratado de las Nueve Potencias bajo el cual se reafirmó la política de la Puerta Abierta. Todas las potencias imperialistas con intereses en China se comprometieron a respetar la soberanía, la independencia y la integridad territorial y administrativa de China.

Este acuerdo entre los bandidos imperialistas se rompió ante la realidad subsiguiente de agudizar el antagonismo entre los Poderes. Gran Bretaña solo buscaba mantener el status quo en Oriente, satisfecha con el botín que ya había obtenido. Pero Japón, la nueva y hambrienta invitada de la mesa imperialista, miró codiciosamente el comercio y las posesiones de sus rivales británicos y estadounidenses, y revivió sus planes para subyugar a China. En 1931, los ejércitos de Japón se mudaron a Manchuria. El Secretario de Estado Stimson recordó una vez más a Japón la Puerta Abierta y proclamó la nueva doctrina de no reconocimiento bajo la cual los Estados Unidos se negaron a reconocer cualquier situación, tratado o acuerdo que Japón pudiera lograr por la fuerza de las armas.

Seis años más tarde, el imperialismo japonés se mudó a la China propiamente dicha. El 6 de octubre de 1938, el embajador Grew en Tokio entregó una nota al gobierno japonés acusando a Japón de una violación de sus promesas de mantener la Puerta Abierta y exigir que se cumplan estas promesas. La respuesta de Japón fue proclamar su propósito inmutable de establecer un Nuevo Orden en Asia Oriental. Hubo otros intercambios diplomáticos. Es digno de mención que en todos ellos la expresión de la preocupación estadounidense por los derechos e intereses estadounidenses es el motivo. La pretensión hipócrita de que los imperialistas norteamericanos estaban preocupados única o principalmente por liberar al Oriente del bandolerismo japonés para que los chinos y otros pueblos asiáticos pudieran ser libres, iba a llegar más tarde, después de Pearl Harbor, para proporcionar una cubierta de idealismo desinteresado a los objetivos predatorios de los bandidos de Wall Street.

Como hemos visto, la guerra entre Japón y los Estados Unidos se preparó paso a paso en un período de medio siglo. No fue el resultado de una agresión repentina e inesperada por parte de Japón. Pearl Harbor no era más que el punto de conflagración de un antagonismo ardiente durante largo tiempo alojado en el desarrollo de las dos potencias imperialistas y causado por su ávido apetito de ganancias. Por el derecho a dominar Oriente y explotar a China con sus millones de habitantes, los imperialistas de ambos lados del Pacífico enviaron a la juventud de sus naciones a la ruina. Han causado una destrucción inimaginable, han matado a millones de personas y han causado dolor y privaciones indecibles a los sobrevivientes.

¿Culpa de guerra? ¡Sí! Pero depende tanto de los bandidos de Wall Street y su gobierno en Washington como de los imperialistas derrotados de Japón.